

LA HORA UNDECIMA (HACÍA UNA TEORÍA DE LO VENEZOLANO)*

Mario Briceño-Iragorry

Sin que signifique fetichismo bolivariano alguno, considero que una verdadera teoría de lo venezolano reclama como paso previo una teoría de Bolívar. Tan profunda ha sido y sigue siendo la influencia de Bolívar en el orden constructivo —y aún en el orden destructivo— de la nación, que la salud de la República impone una explicación cabal del pensamiento y de la intención del Libertador. Además de esto, Bolívar ha llegado a adquirir un sentido mítico en las categorías de lo venezolano. En Bolívar se ha visto polarizada la propia acción anónima del pueblo. Bolívar, para la valorización argumental de nuestra historia, resumió la heroicidad del pueblo. Fue el signo del Pueblo, Bolívar se sublimó hasta funcionar como un auténtico y solitario valor de venezolanidad. Como Ledesma, como Juan Francisco de León, como José María España, como José Vargas. Bolívar vive en el reino de lo imponderable. Necesita, por tanto, que se le asignen perfiles inequívocos que permitan distinguir la poderosa esencia creadora de sus ideas.

Más de una vez he avanzado a censurar la utilización que se hace de un falso Bolívar como coyuntura propicia para sanear las raíces

de las más descalificadas causas públicas. El Bolívar fresco, permanente e incansable, el Bolívar que sacrificó vida y fortuna para asegurar la independencia de la América española, ha llegado a ser presentado como patrono de quienes ejercitan el poder o la influencia para arruinar la libertad de sus conciudadanos o para entregar a la voraz explotación del extranjero la independencia y la dignidad de América.

Un simple esquema, visto a la inversa, de lo que hacen los presuntos seguidores del ideario del Libertador, servirá por efectos del contraste, para fijar líneas a una teoría de Bolívar. Nació Bolívar rico, en medio de un cuadro familiar cargado de extraordinarias influencias en el orden colonial, y murió sin segunda camisa, en casa ajena, con las minas que constituían su único peculio, caídas en juicio ordinario, en cuyo curso no le era permitido influir. Su fin frente al Estado fue el servicio. “Todo empleado —decía—, sea militar o político, lo será para servir y no para presentarse con pomposas decoraciones y para obtener sueldos extraordinarios” (Proclama de 13 de agosto de 1813). ¿Qué dirán frente a estas normas de conducta

*Presentamos la segunda parte de este grandioso ensayo, como preámbulo del XIV Congreso “**Pe-
sencia y Crítica**” *Hacia un Teoría de lo Venezolano* que esperamos realizar el próximo año. Ya en el número 32 habíamos publicado “Proposito” que forma parte de este ensayo. La presente versión es tomada de Briceño-Iragorry, Mario. *Obras completas*. Vol. 9 Ideario Político Social III. (Pensamiento Nacionalista y Proyecto Pedagógico). Ediciones del Congreso de la República. Caracas/Venezuela/1990

pública los desarrapados, que a vuelta de tres o de cuatro almanaques, despilfarran fortunas sustraídas del Erario y coleccionan, no ya lujosos carros de carrera y de paseo, pero aún suntuosos palacios y ubérrimos predios? Así a Madariaga haya ocurrido idea tan peregrina como mirar dos Bolívares superpuestos en el momento del juramento en el Monte Sacro, no tuvo el auténtico Bolívar otra pasión que la libertad. El de adentro y el de afuera eran el mismo Bolívar que para hacer bueno su juramento, recorrió la América a caballo, durante cosa de veinte años, y libró batallas brillantes que aseguraban la autodeterminación de las nuevas naciones, enteras en su dominio y, por consiguiente, ausentes de toda manera de tutela colonialista. ¿Hacen algún sacrificio en su vida, en sus bienes, en su fama, los vanidosos corifeos del amañado bolivarianismo? Bolívar ordenó castigos ejemplares, aun contra sus propios compañeros de armas, cuando éstos se erigieron en peligro para la causa de la libertad y en riesgo para la seguridad de las instituciones; en cambio, jamás asumió la actitud insolente del déspota que ordena crímenes para saciar instintos de crueldad o para vengar supuestas ofensas, ni menos se valió de su autoridad indiscutida para irrespetar la libre decisión de sus amigos en todo aquello que no significase el cumplimiento de una orden militar. ¡Cuántas veces dio excusas y se introdujo con palabras de respetuoso afecto en el ánimo de sus compañeros! “Olvide usted todo lo pasado, o a lo menos obre como si lo hubiera olvidado; pues sin este heroico desprendimiento no se puede conseguir ni vida, ni patria, ni honor”, aconsejaba a Justo Briceño, en carta de noviembre de 1830. Estimó entrañablemente Bolívar su fama de república y recibió con alborozo y gratitud las honras que le ofrecían los pueblos; en cambio, no titubeó en exponerse a la diatriba y aún al menosprecio de los más calificados defensores de la libertad, cuando creyó necesario sacrificar su propio honor democrático a la causa de la integridad y de la seguridad de las estructuras defensivas de

Colombia. Forjada su recia personalidad de Caudillo en la continua acción guerrera, miró los inconvenientes que para las instituciones públicas representan los “desiderata” de la fuerza, y condenó enérgicamente el sistema militar como método de gobierno. Su actividad de hombre de armas miraba al campo peligroso de las batallas, donde el sacrificio da temple a la conducta; en el cuartel vio, en cambio, escondrijos propios para las conspiraciones y fácil escuela para la intriga contra las leyes. El ministerio de las armas declarólo el solo oficio del militar. Sabía que la fuerza no es gobierno, sino ultraje a la libertad civil, cuando no se la somete a lo que pautan los encargados de interpretar los alcances del Derecho. ¿Puede Bolívar ser tomado por patrono de regímenes que destruyen la dignidad cívica en beneficio del mando irrestricto de grupos o de castas?

Cuando se busca disolver por medio del análisis sereno las antinomias naturales que afloran en el pensamiento vulcánico de quien como Bolívar impulsó, se vio arrastrado y terminó por querer frenar los excesos de una revolución, fácil es fijar los puntos cardinales de su ideario. Para el explorador del pensamiento de Bolívar nada tiene tanta densidad como la antítesis que presentan sus ideas. Se contradicen al bulto, pero se complementan en el sistema personal de Bolívar. Se contradicen, como los disímiles elementos que coinciden en las solemnes catedrales medievales, como la luz y la sombra que hacen la armonía poderosa de la pintura de Caravaggio, como lo diverso que forma la unidad en las propias estructuras sociales. En la anterioridad de Bolívar holgaría el Goethe que declaró deambular con preferencia ahí donde abundan las antinomias. Como las de Temistocles y de César, ejemplificados por Ortega y Gasset, fueron claras sus ideas. En medio del caos, Bolívar, con sentido de náufrago, sabía hallar “el perfil de la realidad sustantiva”. Quien siga su ideario desde el célebre Manifiesto de Cartagena hasta los últimos documentos de 1830, hallará una constante ideología sobre la cual se mueven

conceptos, expresiones, juicios, apreciativas y opiniones marcados con el sello de la circunstancia temporal que los produjo, pero que, en cambio, no llegan a desarticular el *mínimum* fundamental que sirve de esencia a lo bolivariano; el espíritu de indesviable sacrificio y el propósito permanente de servir a la causa del hombre libre.

Devoto de la libertad, Bolívar la quiso dentro de los marcos del orden y de la justicia; amante del pueblo, buscó su perfeccionamiento por medio de una educación capaz de solventar todo reato que contradijera la igualdad política; supersticioso del valor de la moral pública, concibió un extraordinario sistema de orientar las costumbres, por medio del sometimiento de la conducta del pueblo a la vigilancia del Poder Moral; fervoroso de la instrucción popular, cuidó su esparcimiento a través de los pueblos que libertaba; fiel guardián de la hacienda pública, organizó sistemas que la fomentasen y la defendiesen de la rapiña de inescrupulosos funcionarios. Frente al egoísmo de quienes se acercan al Poder sólo con el propósito de hacer fortuna. Bolívar erigió el ejemplo admirable de su desprendimiento personal; ni por afanes de oficio militar, ni por imperativos hueros de ganar dignidad en el orden del merecimiento público, Bolívar abrazó la causa de la libertad de América. Creyó cumplir un deber de justicia al constituirse paladín de los derechos del hombre y se dio por entero y sin descanso a su labor nobilísima.

Mirar su conducta y juzgar el alcance de sus actos desde los cuadros actuales de la filosofía democrática, tal y como han intentado hacerlo muchos extremistas de la libertad, es craso error de método. A las posibilidades interpretativas de la Filosofía de la Historia no repugna, empero, plantear una revisión potencial de la conducta de los hombres y una revalorización de sus pensamientos, frente a las nuevas realidades sociales. Toda situación personal supone un marco exterior de desplazamiento. En la circunstancia actual, ¿cómo habría reaccionado el pensamiento

de Bolívar? ¿Sería hoy, acaso, uno de esos “hombres de orden”, cuya viscosidad Sartre ha tenido el acierto de definir, o estaría con el grupo de quienes defienden la libertad, la justicia y la dignidad de los contenidos humanos? Estructuralmente Bolívar no era un licencioso de la libertad por el contrario su constitución anímica lo encuadraba dentro de las líneas de un severo autoritarismo, templado por el sentimiento de la justicia y por el respeto debido a sus semejantes. Jamás usó Bolívar la violencia del déspota, ni frente a sus subalternos, ni ante los cuerpos a cuyo examen sometía sus proyectos de gobierno y de administración. Sus ideas, tomadas del principismo revolucionario del siglo XVIII, supo acomodarlas a los propios reclamos de su temperamento y a los intereses vitales de la comunidad, cuyos destinos dirigía hacia la vida democrática. Así en sus últimos años haya podido tomar algunas medidas enderezadas a frenar actividades que, por el momento, podían conducir al atomismo anárquico de la sociedad, no asiste razón alguna a quienes pretenden encasillar a Bolívar en el viscoso estrado de aquellos que huelgan con el “orden muerto”, ante cuya peligrosidad Peguy llegó a preferir el “fárrago viviente”.

Jacques Maritain, filósofo que representa una de las más puras realizaciones del pensamiento político contemporáneo, al esbozar en su libro “*Les droits de l'Homme et la loi naturelle*” su filosofía humanista o humanismo político, llega a esta noble conclusión: “Las tres formas clásicas de gobierno no realizan igual y unívocamente las exigencias de la filosofía política humanista. Ellas la realizan analógicamente y de una manera más o menos perfecta. La importancia central reconocida por esta filosofía a la persona humana y a la conquista progresiva de la libertad, conduce a pensar que el régimen monárquico y el régimen aristocrático sean normalmente etapas hacia un régimen mixto, fundamentalmente republicano (o sea democrático), que mantenga en su forma y asimile a sus propios determinantes

(que son la libertad de expansión de las personas y la liberación progresiva del ser humano), las cualidades de vigor y de unidad y de diferenciación de valores que son determinantes propios del régimen monárquico y del régimen aristocrático ya sobrepujados”. A esta conclusión llega Maritain después de una larga experiencia democrática europea, después de haber asistido a la bancarrota transitoria de los ideales del hombre libre y después de un profundo examen de la filosofía política, desde Aristóteles hasta las más puras formas del pensamiento jurídico coetáneo, no sin haberse detenido cuanto es del caso en la obra de Santo Tomas de Aquino, quien ya recomendaba en el siglo XIII no elegir por mejor ningún sistema político, sino combinar los distintos regímenes para hallar un satisfactorio equilibrio.

A las márgenes del caudaloso Orinoco, teniendo de consulta libros de Filosofía y de política, que seguramente distaban en sus conclusiones, como era moda, de la esencia filosófica del Estagirita y del Aquinatense, Bolívar logró las mismas conclusiones a que hoy llega Maritain. Superando el romanticismo revolucionario que tiene sus raíces primitivas en el Contrato Social y mejor afianzado en el realismo de Diderot y de Montesquieu, Bolívar fue una mezcla de principios y de instituciones, donde se intuye la fuerza del genio que en él se ponía ya en resalto. Y mientras nuestro filósofo humanista de hoy se limita a teorizar sobre la necesidad de un régimen mixto que tienda al vigor y a la unidad, como en la monarquía; que logre la depuración y producción de los más altos valores, como en los regímenes aristocráticos; y que conduzca definitivamente ante todo y sobre todo, a la realización de la libertad y de la justicia, como en el sistema democrático, Bolívar presentó a los legisladores de Venezuela reunidos en Angostura un plan de República capaz de realizar a un modo la libertad y la justicia, por medio de una unidad de mando y a través de un proceso de selección, que garantizase al

frente del Estado la permanencia de valores dirigentes. De ahí, y acaso en forma un tanto ingenua y soñadora, su Senado hereditario, su Poder Moral y su Areópago, hijos legítimos los dos últimos de la exaltación de las virtudes sencillas, que en Bernardino de Saint Pierre y en Mercier tuvieron generosos apóstoles. De allí también de instituciones, que mal examinadas por quienes se dejan guiar, ora de ensueños demagógicos, ora de pesadillas monocráticas, ora del rigorismo de la crítica de laboratorio, ha prestado ocasión para exhibir a nuestro Libertador como patrocinante de la autoridad deslimitada, es decir, como enemigo de la democracia y prototipo del “gendarme necesario”, o como simple iluso de “mente afectada de romanticismo y no ceñida, por ende, a las posibilidades de la dinámica política de las naciones”, según enseña el eminente sociólogo colombiano Luís López de Mesa.

Bolívar procuró juntar a su modo, para adaptarlas a nuestro medio, de tradición monárquica y aristocratizante, y de efectiva vocación igualitaria, las instituciones vigentes en aquel momento histórico del mundo, y como se había dado cuenta antes de Barker de que “Inglaterra es una democracia por ser una aristocracia”, copió para nuestra República su Cámara rígida y aceptó, como lo había establecido el Constituyente de 1811, una diferenciación política fundamentada en la posesión de bienes o en el disfrute de una renta, según el uso del liberalismo burgués, abrevado en las propias máximas del Padre de la Enciclopedia, para quien era “quimera” la igualdad absoluta; y con buen apoyo, también, en el pensamiento de Condorcet, cuya duda se detuvo a considerar si el ciudadano que carece de bienes es sujeto de los derechos del hombre. Hoy, nadie lo niega, esta limitación y el carácter hereditario pedido para la senaduría, son la única coyuntura repugnante que hallamos en el régimen propuesto, y repugnan dichas instituciones porque nos hemos acostumbrado a través del incesante progreso de las ideas, a desechar a ultranza todo sistema en que se declare políticamente

con más derechos a los hombres y a las familias que detentan los instrumentos de la producción o las regalías de la política. Pero, ¿cuántas luchas no ha sostenido el hombre desde 1819 hasta el presente, para lograr la fresca sensibilidad que le lleva a rechazar todo, enunciado que constituya minoración de sus derechos naturales?...

El Libertador, si fuera consultado hoy sobre la mejor estructura gubernamental de las naciones, no escogería para su Estado el tipo corporativo, como erróneamente insinúa Estrada Monsalve en sus estudios sobre la política de Bolívar y las doctrinas tomistas. Otra, ágil y libre de toda superstición totalitaria, sería la fórmula estatista que recomendaría a la América el Padre de la Patria. Coincidiría, como es lógico, con la técnica de derechos que Maritain deriva “del reconocimiento y la victoria de todas las libertades: libertades espirituales, libertades políticas y libertades obreras”, que habrán de afirmarse cada vez más, cuando se proceda a la reconstrucción de la humanidad, después de la prueba leviatánica que aún sufre actualmente; y recomendaría con énfasis nuestro Libertador que sólo la cultura puede marcar diferencias en la vida y en las actividades de los hombres. Pediría él como lo pidió Ortega y Gasset, que sobre el sustentáculo de la cultura se formase una “minoría egregia”, que tuviera la responsabilidad de dirigir y orientar el incesante movimiento de la libertad. “En una democracia que no respete la vida superior del espíritu y no se deje orientar por ella, donde la demagogia tenga la mano libre, la vida nacional se encontrará fácilmente rebajada al nivel de lo mediocre, pues la demagogia porfía en bajar la cultura al nivel de las masas, en lugar de levantar las masas a un plano superior por medio de la educación”. ¿Quién, Bolívar o Thomas Mann, formuló esta sentencia? De haberla hallado entre los borradores del Discurso de Angostura, Briceño Méndez la habría incorporado al texto definitivo como cosecha de Bolívar.

Se enredan y confunden frecuentemente los críticos del pensamiento bolivariano ante el esfuerzo incansable que movió al grande hombre en pos de una fórmula que absolviese la aparente antinomia entre libertad y autoridad, entre la plenitud de derechos del ciudadano y la necesidad de fortaleza del sistema llamado a garantizarlos. Olvidan, también, muchos que en dicho esfuerzo Bolívar se sentía animado por un indesviable propósito de servicio. Por demócrata o por monárquico, por dictatorialista o por demagogo pueden tomarlo los investigadores de su compleja existencia; mas en todo momento y en cada caso descubrirán en su voluntad poderosa el empeño ciego de servir a la causa de la libertad y de la dignidad del hombre. Eso, Bolívar nació para servir. En aras de los otros sacrificó su fortuna, su paz, su salud y su propio prestigio de gobernante democrático.

Hasta el final de su vida gloriosa y aún cuando soportaba el duro ejercicio de la dictadura, Bolívar se mostró devoto de las instituciones civiles y enemigo del espíritu militar (Carta O’Leary, septiembre de 1829). En realidad, él no era militar. Bolívar era guerrero. Militares eran San Martín y Sucre. Conductor de tropas a la victoria, jamás cultivó el ocio del cuartel. De vivir hoy, Bolívar sería civilista y amigo del pueblo. Cerrado el paréntesis de años que distancian su sombra augusta del panorama de la actual República, sería partidario del sufragio universal y jamás patrocinador de gobiernos afincados en la violencia de las armas. Para ganar el Poder, no se asomaría cautelosamente a las garitas de los cuarteles; en cambio, se acercaría al pueblo, para marcarle con su acento iluminado las vías del civismo y para pedirle su adhesión decisoria en el orden de la estructura de la autoridad. Colocado al frente de las relaciones públicas de Venezuela o de Colombia, tendría presente, como escribió en 1829 a Patricio Campbell, que “los Estados Unidos parecen destinados por la Providencia para plagar la América de miseria a nombre de la Libertad” y, en consecuencia, no amarraría

ciegamente la República al carro imperial de potencia alguna. Fue hombre de tierras y de esclavos, pero hoy no haría la apología de los latifundistas, menos aprobaría el discurso de quienes regatean de los derechos del hombre de trabajo. Reconocería Bolívar el pleno derecho del hombre a la propiedad, pero mantendría ésta prendida al garfio del derecho social. “Libertador o muerto” fue su consigna de lucha; y muerto en el tiempo, más vivo en la permanencia elocuente de la ejemplaridad, Bolívar ha de seguir librando, como el Campeador, la batalla sin término del derecho y de la justicia.

Para la inteligencia de Venezuela como fin y meta de un esfuerzo constructivo, nada ayuda tanto como la comprensión exacta del ideario de Bolívar, ya que en Bolívar, como he apuntado, el pueblo se acostumbró a mirar un simbólico valor aglutinante, cuya evocación entona la acción cívica tanto como los alegres acordes del Gloria al bravo Pueblo o como los vividos colores y severos emblemas del pabellón y del escudo. Esa actitud sencilla del pueblo ante Bolívar ha sido, sin embargo, aprovechada arteramente por un fariseísmo bolivariano, desgraciadamente con solera histórica, que ha buscado servirse de Bolívar, como de ingrediente que legitime, las causas más tortuosas. Bolívar, como de *cujus* de rica herencia, ha tenido siempre pretensos sucesores. En torno a su nombre se ha creado, ayer tanto como hoy, lo mismo en Venezuela que en otras regiones del mundo bolivariano, una corriente interesada y egoísta, a la cual ha sido fácil una interpretación acomodaticia de los altísimos valores de su filosofía política. Muchos no han atinado a librarse de los riesgos de tan funesta conducta y han caído en la actitud sumisa de aceptar como válida una hermenéutica cargada de falsedades. Las voces que pregonan la aparente vigencia del entuerto, han alcanzado frecuentemente alturas respetables. Luzca así respaldos de autoridad este bolivarianismo quebrantado, tócale al pueblo, y en especial a la juventud, desoírle y enmendarle. “No podemos impedir, decía Lutero, que los pájaros vuelen encima de

nosotros; pero podemos impedir que coloquen sus nidos sobre nuestras cabezas”. Contra estos peligrosos pájaros urge promover una vocación comprensiva de los valores positivos de Bolívar y una comprensión, a la vez, de la ayuda que un recto bolivarianismo puede prestar a la causa de la libertad y del decoro de América.

Ciento veinte y tantos años después de su ocaso en Santa Marta, Bolívar sigue siendo víctima de su descomunal dimensión. Nuestras deficiencias, nuestros pecados contra la República, nuestras traiciones a la libertad, convalecen y, en apariencia curan con la evocación de Bolívar o con la glosa mendaz de algún desarticulado pensamiento suyo. Los gobernantes han olvidado por completo a Bolívar cuando fulminaron órdenes funestas contra la dignidad de los ciudadanos; se olvidaron, también, de Bolívar cuando insinuaron a jueces venales el contexto de Bolívar, cuando desconocieron la fuerza decisoria del pueblo y abrieron compuertas a la arbitrariedad cuartelera; ignoraron por completo a Bolívar, cuando negociaron con el extranjero las riquezas de la tierra y humillaron la soberanía del pueblo, para beneficio de intereses bastardos, en vano confundidos con los intereses del mundo libre. Sin embargo, sobre las cenizas venerandas del Héroe se hacen periódicas protestas de lealtad a sus principios y se colocan burlescas coronas de vistosas flores, como si este culto de beatería compensase la diaria herejía en que incurren los que destruyen con su discurso o su conducta la autenticidad de la misión arquetípica de Bolívar en el cuadro de los valores de América. Se exalta y se hace mérito de una celosa fe bolivariana, que debería orientarse, de ser franca, hacia fines de mayor objetividad y rendimiento en orden a la propia obra realizada por el Libertador. La lealtad de nuestro pensamiento contemporáneo hacia la persona histórica de Bolívar no reside en defenderle de reales o de supuestas injurias que en el campo de la crítica le infieran los Boussingault, los Mitre, los Sañudo o los Madariaga. La lealtad de

Bolívar pide, ante todo y sobre todo, respeto y consecuencia actual para sus grandes ideas acerca de la libertad y del decoro del pueblo y acerca de la libertad y de la independencia de nuestra América. Con alabar y defender en el plano literario la obra histórica de Bolívar, muchos han pretendido ganar bula que les exonere del pecado que representa entregar al extranjero la riqueza de nuestras naciones y el delito gravísimo de buscar vestiduras de legitimidad para sistemas opuestos a la dignidad del hombre.

Para la praxis del falso bolivarianismo nada cuenta la autenticidad del pensamiento perdurable del Libertador. Entre la “gente de orden” Bolívar funciona como cosa estática. En el área de la juridicidad, cosa dice Carnelutti, “es una no persona”. Para el amañado bolivarianismo de coronas y discursos, el Libertador se reduce a una cosidad inerte y mobiliaria. Tan opuesto fue Bolívar al sedentarismo enfermizo, que un examen atento de su graffia, como anoté en un viejo apunte sobre su personalidad, muestra que el héroe extraordinario solía firmar de pies los documentos que le presentaban sus amanuenses. Sin embargo, de ese Bolívar caminador, activo, andarieguísimo, se ha pretendido hacer un Bolívar sentado, un Bolívar acostado, un Bolívar con romadizo, envuelto en las mantas untuosas del amañamiento oportunista. ¡Él, que habiendo nacido hidalgo y burgués, renunció la hidalguía heredada y los haberes que le dejó la estirpe, para hacerse, por su esfuerzo y su perenne sacrificio, una hidalguía y una fortuna que crecen a medida que los tiempos corren!...

Se rinden homenajes a las imperturbables cenizas que reserva el bronce. Se consagran a Bolívar estatuas que rigidizan su vocación de caminante; se le saca, sobre el lomo de airoso caballo, para que adorne plazas y avenidas de grandes ciudades del mundo. En cambio, la persona de Bolívar es negada en la genuina vertiente donde abrevan las altas ideas que hacen las repúblicas. A quien inició sus grandes arengas con la tremenda sentencia

de “Venceremos a la Naturaleza si se opone a nuestros propósitos”, se le reduce a una quietud semi-hagiográfica, contra la cual ha de rebotar toda palabra dirigida a servir de testimonio de la potencialidad permanente de la prístina ideológica bolivariana.

La duplicidad farisaica de utilizar la “cosa” Bolívar como revestidura de actitudes que niegan y destruyen la perennidad fecunda de la imagen intemporal y ubicua del grande hombre, es una de las formas más sutiles y peligrosas que ha adoptado el maquiavelismo entre nosotros. En cambio, cuando se tiene la intuición de Bolívar como conjunto de valores enderezados a la defensa de la integridad y de la soberanía de la nación y a su armónica relación con los demás países que comparten con nosotros la vocación agónica trascendida de la vieja raíz hispánica, y al mismo tiempo se persigue en su nombre una realidad interior que haga prácticos los postulados de igualdad, dignidad, respeto y justicia en que se inspiraron los creadores de la República, entonces es ya fácil comprender cómo una teoría de Bolívar conduce fácilmente a echar firmes cimientos para una teoría política de los venezolanos.

Sobre el campo de una y otra, y dominando el particularismo que pareciera detener el ímpetu creador, abriría su gran parábola el pensamiento universalista de quien, dando vigor a las estructuras regionales, intentó levantar sobre ellas el seguro edificio de la unidad de los pueblos. El patriotismo de Bolívar superó el aldeanismo de quienes querían reducirlo al ámbito estrecho de un nacionalismo restricto. Sin negar jamás sus nexos infrangibles con Caracas y con Venezuela, Bolívar se sintió ciudadano de Colombia y ciudadano de América. Su actitud ante esta unión crecedora de latitudes, sirve para enseñarnos cómo, sobre el valor propio y neto de lo nuestro inmediato, se construye con firmeza inquebrantable la obra de lo general y de lo universal. “Por Caracas he servido al Nuevo Mundo y a la libertad, pues debía destruir a todos sus enemigos para que

podría ser dichosa”, escribía a Páez por noviembre de 1826. Para hacer libre a su ciudad nativa, Bolívar libertó la América. Para servir sus afectos particulares, dilató su obra hasta convertirse en ciudadano universal. Empezó por la casa, por la región estrecha de sus primeras andanzas, por el panorama de dimensión recortada de la patria original, y de logro en logro, llegó a concebir la integridad de lo americano. Intuyó Bolívar con claridad admirable cómo la libertad y la independencia de cada una de las viejas provincias del dislocado imperio español, reclamaban categóricamente la ayuda de la independencia y de la libertad de la porción vecina. Al municipalismo disgregativo, opuso un concepto de mayor radio estructural: sobre Caracas y Venezuela, miró a Colombia; sobre Colombia y Río de la Plata, miró una confederación que hiciera posible el debido temple de voz para tratar con los poderosos vecinos de la América inglesa. El cuadro doloroso de los Estados Desunidos del Sur, expuestos a todo género de desgracias internas y externas, frente a la robustez imperiosa de los Estados Unidos del Norte, es hoy el testimonio más exacto de la burla y el destrozo que se ha hecho del pensamiento de integridad hispanoamericana suscitado por el Libertador.

Tanta fue la pasión de Libertad que inflamó el ánimo de Bolívar, que de haberle sido posible, habría hecho al revés la rota de los conquistadores del siglo XVI y habría remontado el Atlántico, ya desvestido de las “tinieblas” antiguas, para proseguir en suelo español –suyo por la stirpe y la cultura– la batalla que diera vigencia e las ideas de libertad que bullían en la mente de los altivos e indomables descendientes de Viriato y de Pelayo. De ensueño en ensueño, miró en el Istmo centroamericano una posible capitalidad para la anfictionía de los pueblos libres, y cuando al final de tanto esfuerzo vio lamentablemente abatidos sus grandes proyectos, buscó consuelo para su fracaso en el parangón de sus sueños con los sueños inasibles, crecederos y perennes de Nuestro Señor Don Quijote. En el desvelo de sus

largas noches de moribundo, tal vez, al evocar al maravilloso y cuerdo loco de la Mancha, oyó dialogar, con voces de sarcasmo, a los hijos de Sancho acerca de la mejor manera de aprovechar la herencia de su gloria.

La comprensión de Bolívar como esfuerzo angustiado hacia la realización del orden democrático, ilumina el sentido de autenticidad de lo venezolano. Bolívar se desvistió los arcos señoriales para bajar al pueblo. Bolívar deshizo la enorme fortuna material que le legaron sus mayores, por dedicar su tiempo al servicio del pueblo. Bolívar desoyó el viejo consejo familiar que buscaba títulos nobiliarios, para ganar el título de ciudadano, con que érale más fácil servir al pueblo. Bolívar se expuso a la diatriba y a la calumnia para asegurar libertad y dignidad al pueblo. Bolívar olvidó la soledad del señorío y se hundió en el pueblo para ser todo el pueblo. Si hubiera creído que el fin del hombre es lucrar con honores y dinero, habríase mantenido en el cuadro de su clase y habría utilizado los medios que tenía a su alcance para acrecentar los motivos placenteros. La historia, en cambio, de Bolívar es la prosecución de su sacrificio en aras del sentido altruista que ha de tener toda vida que quiera realizarse fecundamente en el orden de lo humano. Contra el mundo del antiguo régimen, fue por actitud de convencido y no por saciar oscuros resentimientos o por ganar situaciones ventajosas. Servir fue su consigna. Jamás intuyó que de su nombre se servirían las futuras generaciones para aparentar virtudes y para lucrar ventajas.

Alguien habló de explicar formalmente a Bolívar en nuestras Universidades. Enseñanza útil, si se le encomendase a quienes no estén comprometidos con la “cosa” Bolívar que interesa desgraciadamente a muchos. Indagación provechosa, si con ella se tratase de buscar la raíz y el destino del pensamiento del hombre extraordinario, para implantarlo, en toda su plenitud creadora, entre los valores llamados a fijar el rumbo práctico de lo venezolano. El núcleo de las

ideas fundamentales de Bolívar se acoplaría de manera fecunda con la problemática educativa del pueblo, y fácil sería a éste distinguir el espunte de sus pasos creadores en el campo de la realidad política. Deseable, en efecto, sería que se llegase a explicar en forma magistral en nuestras Universidades y Liceos de filosofía política y la aventura humana de Bolívar. Al igual del Cid y del Quijote en España, Bolívar es símbolo y legado que del tiempo nos viene, como expresión de nuestra capacidad y de nuestra suficiencia social. No es cierto que el parto de Bolívar extenuase a la Patria que lo dio a la luz. Bolívar es, en cambio, un testimonio de fe en las posibilidades de América y un reto continuo a nuestra desgana de sacrificio.

Sobre los módulos creadores del pensamiento bolivariano cabalgaría con éxito una tentativa, como he dicho, de teorizar lo venezolano. En las citadas palabras que abren el discurso permanente de Bolívar –Bolívar no ha dejado de hablar, así se le oiga poco–, hay ya toda una doctrina y todo un presupuesto de cultura. ¿No es acaso la lucha constante contra la Naturaleza lo que distingue a través de la Historia el vario proceso de la civilización? ¿No dejó Bolívar en dicha frase su mejor programa de acción político-moral? Contra la agresividad del mundo colocado frente a nosotros, y en el cual estamos a la vez objetivamente implantados, y contra el mundo de instintos y voliciones que llevamos instalado al mismo tiempo en nuestra interioridad, nos toca librar la batalla perenne de la superación y de la creación, por donde tanto se hacen grandes los pueblos, como ganan egregia eminencia los individuos. Frente a la Geografía y a la Historia, que configuran el mundo de la actividad exterior, está situado nuestro propio mundo personal, inmenso y libre en la jerarquía de su soledad, precario y reducido en lo que dice a la necesaria intersubjetividad que lo relaciona con los demás hombres. En lo exterior, la situación que define el diálogo de la voluntad y la inteligencia que persiguen un mismo camino. En dominar la diferencia alzada

entre unos y otros individuos, entre nuestra autonomía y la poderosa resistencia que nos opone la exterioridad, entre nuestra situación personal y la rebeldía del mundo de las cosas y de los fenómenos, allí está el diario quehacer de la cultura. El mayor logro y el sentido más cabal de la técnica radica en desnaturalizar el orden físico hasta ganar instrumentos que nos ayuden a modificar, en beneficio del espíritu, el propio mundo exterior. A la par, en el territorio de la ética, el fin del hombre es alcanzar niveles de superación que le hagan sentir como una categoría propia para la realización de su destino, el “con” implícito en el desnudo, simple, elemental concepto de existencia. Toda existencia es coexistencia, explica agudamente Zubiri. Para realizar con buen éxito esta obra maravillosa de dominar la naturaleza de fuera y la naturaleza de dentro, tenemos a mano la experiencia de las generaciones anteriores. No sólo recibimos de nuestros antepasados instrumentos egoístas para el provecho ordinario. Con mirar el mundo de fuera y examinar el mundo de los propios valores, encontramos a nuestra disposición el legado precioso que fabrican aquellos que nos antecedieron en el orden de la Historia y cuya superación es imperativo que orienta nuestro destino social.

Las Universidades, como centros creadores de cultura, y los pueblos en sí mismos, como sólidas estructuras morales, edifican a través de las edades los cánones expresivos de su acción, positiva y diferencial, en el campo diverso de las actividades humanas. El movimiento incesante del progreso reclama e impone estabilidad en el eje que fija y acondiciona el giro de las venideras estructuras. Del mismo modo, el esfuerzo de los educadores y de los estadistas necesita apoyarse sobre un grupo de ideas, de temas, de conceptos, que aseguren la continuidad fecunda del movimiento superador de la cultura.

En el proceso histórico venezolano ha ocurrido continuamente un delictuoso intento de segmentar la acción de los hombres. La

ley creadora del esfuerzo continuo ha sido sustituida por un vano empeño de improvisar y de comenzar, a fin de que puedan aparecer los personajes actuantes como demiurgos investidos del secreto de las cosas. La inseguridad y el carácter fragmentario de este tipo de trabajo ha terminado por crear en el pueblo una conciencia de fracaso y de dolor, cuyo mejor símbolo sería la constancia sin fruto del esfuerzo de Sísifo. En el terreno de la acción pública se ha carecido de interés por exaltar y dar esqueleto unitivo a los datos fundamentales sobre los cuales estriba tanto la acción presente como la acción futura de los ciudadanos. Al hombre de la calle no se ha dicho, en realidad, qué cosa representa ser venezolano. Con una burda intensión agresiva, se le ha enfrentado, pongamos por caso, ora con unos, ora con otros pueblos de América, ya en lo que dice a signos históricos, ya en lo que se refiere a la realidad geográfica. En cambio, a ese venezolano en quien se suscitan inútiles reacciones, no se ha explicado cuanto es debido el deber que le compete frente al suelo que nos reconocen los tratados públicos. Se le engaña con la ficción de un celo tardío por cosa ya sin ámbito real, mientras se ha enajenado al extranjero la riqueza y el decoro de la nación. A ese venezolano no se le ha dotado de instrumentos idóneos para el pleno desarrollo de su personalidad humana –libertad, igualdad, justicia, decoro, seguridad, ilustración– ni se le han asegurado los medios precisos para que crezca y mejore independientemente en lo que dice a la suficiencia material.

Tampoco la Universidad ha dispuesto de elementos con que dar líneas netas al rostro moral del venezolano que acude a ella en búsqueda de luces y conocimientos útiles. Sea así duro el hecho de decirlo, obligado es reconocer que la crisis de nuestra cultura tiene sus causas más dolorosas y profundas en la presencia sobre el estrado social de más de una generación formada sin la palabra orientadora del maestro. Se ha llamado maestro al escritor afortunado o al generoso divulgador de enseñanzas en los centros educativos;

pero el Maestro con mayúscula, el Maestro en la amplitud y constancia de su eficacia creadora, ha faltado notoriamente en nuestro proceso cultural. Extraordinarios personajes de las letras y del saber han enseñado en nuestras sufridas cátedras, y han divulgado ideas en libros y en papeles; algunos de ellos lograron sobre la labor didáctica, una verdadera trascendencia social. De quererlo o de haber tenido posibilidades para realizarlo en el cuadro del tiempo, habrían, en realidad, podido hacer escuela perdurable y hubieran podido asumir en la Universidad la función de maestros perennes; pero la Universidad desgraciadamente carente de autonomía, no ha tenido medios para asegurar la continuidad de la obra de muchos de sus mejores catedráticos. En 1943, en la revista “Bitácora”, yo escribía que sin formación de equipos de trabajadores, guiados por un mismo ideal, sin mezquindades ni exclusivismos, nuestra Escuela Médica, como nuestras Escuelas de Derecho y de Matemáticas continuarían siendo lo que son: entidades que existen de nombre, integradas por eminentes personalidades, cuyo aislamiento, así pueda a ellos favorecer, retarda la marcha de la cultura integral de la Patria. Sometida la Universidad a los caprichosos vaivenes circunstanciales, el escogimiento de profesores ha estado, además, supeditado muchas veces a requerimientos distantes de la idoneidad que garantiza el buen éxito de la misión docente. La firmeza de la autonomía donde afincan lo perdurable, ha sido sustituida por una mera autarquía que, dejándola en lo fundamental sometida al gobierno, da al piso universitario la característica de los suelos erodados.

Ni por lo que dice a la realidad de las oposiciones ni en lo que mira a la continuidad directiva, ha podido la Universidad cumplir la alta obra formativa que le está asignada en el plano general de la cultura. Sin embargo, quienes juzgan el proceso universitario a la lumbre de intereses de clase, todo lo inculpan a deficiencia y a indisciplina del estudiante, sin parar mientes en que al pisar los jóvenes las aulas reciben en su mal formada conciencia

el impacto tremendo de un sistema carente de argumentos idóneos para levantar el nivel de conducta de los recién llegados. Ciertamente es que durante sus peores crisis, la Universidad ha contado con la aportación de profesores austeros y abastados en la ciencia profesada; los hubo ayer y los hay hoy; pero no han sido ellos, a causa de su condición minoritaria, quienes han fijado la línea de acción de las Facultades.

Retomando las ideas relativas a la carencia de módulos por donde el proceso de nuestra cultura haya podido adquirir verdadero sentido y nos haya sido fácil definir dentro del concepto ecuménico de humanidad qué cosa significa ser venezolano, hemos de tornar, también, a la consideración de la escasa consistencia metódica de nuestro proceso educativo general. Se implica este examen por cuanto el bulto pareciera –y así hay quienes lo dan a entender– que lo particular de ser venezolano colida con los postulados que han de guiar la formación del pueblo como unidad enmarcada en las grandes líneas del mundo humanístico-cristiano. Un examen profundo llevaría a la necesidad de disipar las sombras que oscurecen el propio sentido de cristiandad, justamente en momentos en que los grandes valores cristianos, en su anhelo de ganar la realidad de “un mundo mejor”, se empeñan por ser correctamente incluidos dentro de los cuadros del mundo de la técnica despersonalizada de la época moderna. Busca también dicho sentido de rectitud cristiana que se mire a la Iglesia desligada de burdos compromisos con sistemas contradictorios, que han solicitado el amparo de una fingida espiritualidad, para mantener en vigencia un régimen de iniquidad que, desgraciadamente, es la absoluta negación de lo cristiano. Con el admirable Georges Bernanos, creo firmemente y “de buena gana que la civilización capitalista es una civilización fracasada o –para recordar una frase feliz de Chesterton– una civilización cristiana enloquecida, cuya locura es locura furiosa; en realidad, el delirium tremens”.

Dentro de las líneas de esos procesos se advierte, como he dicho, la carencia de directrices enderezadas a definir el sentido que de personalidad a lo venezolano en la zona conjugante de los signos humanos. ¿Cuál nuestra aportación singular al cuadro de la cultura y del esfuerzo de los hombres? ¿Qué somos en el orden del mundo? ¿Qué aspiramos a realizar como pueblo?

La autenticidad de lo venezolano raizal mira al antiguo proceso de implantación de los valores que se expresaron como forma y alma de la comunidad que desde 1810 vistió arreos republicanos. Esa comunidad antigua estaba integrada por la confluencia de una serie de ideas, propósitos, principios, enunciados, hábitos y creencias que le dan una razón de ser individual. Sobre tales argumentos se definía la personalidad diferencial de la nueva unidad que buscaba ser incorporada a las grandes superestructuras políticas del momento. Al lado de la vocación agónica implantada por los Padres colonizadores, se produjeron en nuestro suelo nuevos valores y se aguzaron nuevos propósitos, que tanto fueron condicionados por las modalidades del medio físico y por la naturaleza del mestizaje, como fueron producidos por el brote palingenésico de temas espirituales, desmejorados en la propia Metrópoli. Si en España, por ejemplo, se esperó a la cátedra del Derecho natural, civil y de gentes, creada por Carlos III, para reemprender las severas y fecundas meditaciones sobre el bien común, ya llevadas a su ápice por los teólogos del siglo XVI, en América hubo una tradición soterrada que alegó con las autoridades regias, lo mismo en México que en Venezuela y en Paraguay, sobre altivos argumentos de primavera fresca iusnaturalista, a valorización exacta de ese primer contenido cultural del pueblo ha de ser presupuesto indesviable de toda obra hoy encaminada a dar forma, valor y sentido a la realidad nacional. Hacia ella hay que ir con un claro “sentido de tiempo”, que tanto permita captar el ámbito pretérito de aquellos contenidos como el alcance de su desarrollo posterior. No huelga

al efecto insistir sobre el significado creador de esta rebusca de anterioridad para hacer la fijación de la fuerza presente del pueblo. La vida no debe limitarse, escribe el profesor Pietro Silva Rivetta, a la dirección que arranca del nacimiento y se endereza al porvenir. La vida está acondicionada por otras direcciones, con data anterior a nuestro nacimiento. El ciudadano de un pueblo sin historia, agrega, es como hijo de padres desconocidos, puesto que viene del mundo de las sombras y de la oscuridad.

El viejo acervo de lengua, religión y costumbres, como marca de la cultura histórica que España llevó a nuestro continente, sirvió de gramo positivo y fecundo a la sociedad antigua. A dicho acervo se agregaron, junto con los contenidos de origen autóctono y las peculiaridades de los pobladores negros, las características y actitudes producidas por la implantación de ideas llegadas de otra parte y por comportamientos surgidos como consecuencia de nuevos hechos valiosos. Desde la alta Colonia, por ejemplo, se configuró en Venezuela una tendencia crítica del orden civil frente al autoritarismo eclesiástico, que si no llegó a ninguna escisión catastrófica y aun pasó en el orden de la obediencia, sobre reto tan agudo como la actitud del Pontífice Romano contra la idea independiente, sirvió, en cambio, para elaborar soluciones que aligeraron el reconocimiento de la libertad religiosa y que evocaron tempranamente el desafuero de los eclesiásticos.

Cuando se quiere definir la línea de una saludable tradición, presta mayor ayuda llegar hasta la prístina fuente emanadora de hechos verdaderamente cargados de republicanismo y de comprensión democrática, que admitir sin un examen riguroso las torticeras explicaciones que interesados sociólogos han querido dar sobre actitudes disvaliosas. ¿Qué entre nosotros no existe una tradición civilista? Más que negarla, debiera ser empeño de una sana sociología histórica indagar por qué razones fue desfigurado en tiempos aún vecinos

el régimen de desafuero de los militares, impuesto en el propio año de la instalación de la Tercera República. ¿Por qué no tomar el ejemplo tónico de los hombres civiles que avanzaron a contrariar a Páez, y armarse de él, como de seguro escapulario, contra el desplante de los negadores de nuestras posibilidades cívicas? Demás de esto, en el orden de las naciones no es suficiente mirar a la actitud de grupos o personas que, sobre circunstancias afincadas en la fuerza, pareciera que determinasen la conducta del pueblo. La tradición es algo que crean los pueblos por medio de iniciativas espontáneas, uniformes y constantes. Al lado de las desviaciones institucionales promovidas por la violencia, es preciso mirar el hilo de la protesta silenciosa o explosiva, que constituye la parte valiosa de la tradicionalidad. A la visible conducta mendaz, que parece anular la recta intención y los justos derechos del pueblo, urge oponer la invisible conducta resistente y altiva de quienes mantienen la comunidad del presente nublado con el luminoso pretérito que dio figura a las instituciones republicanas.

Sobre el examen entonatorio de los hechos antiguos, fácil sería la determinación de una conducta de dignidad que dé rumbo y sentido al deber del venezolano actual. No pido que se mire hacia el campo de la Historia en actitud de pecadora suficiencia. Creo en el valor de la “recordación histórica” como antídoto de crisis. “El radicalismo de la crisis de nuestra época, declara Jaspers, palidece ante la sustancia eterna en cuyo ser adquiere participación el recuerdo, como en lo inmortal que en todo momento puede aparecer”. Es preciso aprender a desarticular el pasado, para lograr nuestra coetaneidad creadora con los arquetipos que sirven de numen a nuestros actos. Ser Historia hasta abolir, para la nueva creación, los eslabones que nos separan de los hombres cargados de función ejemplar. Con el ideario de Bolívar –bien depurado de las escorias que pretenden sumarle los que miran en el Padre de la Patria un alcahuete de malandrines y de farsantes– y, con una revisión de los principios de justicia, dignidad,

responsabilidad y tolerancia que cristalizaron en la obra de los viejos patricios, sería factible un esquema dentro del cual pudieran encajar los contenidos de un programa de educación cívico-moral, capaz de asegurar al venezolano de hoy el derecho a llamarse sin sonrojo sucesor del venezolano que luchó tenazmente durante veinte años para hacer la libertad de la América española. Y junto con dicho derecho, garantizarle la fuerza necesaria para que la Patria no se disuelva melancólicamente al realizarse la conjunción universalista que impone la común finalidad del destino humano. Más que figurar en los lujosos catálogos de las grandes innovaciones arquitectónicas, en razón de la audacia y de la riqueza de la nueva técnica, debemos empeñarnos en poblar los anaqueles de las librerías con biografías ejemplares de hombres crecidos y formados al calor de la cultura venezolana y con libros que den testimonio fehaciente del progreso moral y espiritual alcanzado por el pueblo. Para caldear la fragua donde gane temple ese hombre nuevo, la Universidad está obligada a suministrar contornos precisos a la conciencia de los jóvenes.

“Yo no pretendo, dice Walter Lippmann en sus recientes “*Essays in the public philosophy*”, que la caída de la sociedad occidental sea detenida si los maestros de nuestras escuelas y de nuestras universidades regresan a la gran tradición de la filosofía política; pero yo pretendo que esta caída, en realidad muy avanzada, no podría ser impedida si los filósofos se oponen a tal restauración y a tal revitalización”. Elementos para realizarlas y sostenerlas sólo se alcanzan por medio del cultivo de las virtudes que sirven de apoyatura al civismo y al decoro de hombres y de pueblos, virtudes sencillas, modestas, de fácil cultivo, cuando con visión copernicana sacamos el centro de nuestro mundo fuera de nosotros mismos, y lo colocamos en la coincidencia de la proyección de nuestro yo con la proyección del yo de los otros hombres, sobre el ancho, generoso, fecundo plano de una realidad social saturada de amor, de libertad y de justicia.

Cuando con sentido de responsabilidad se mira hacia el porvenir del hombre venezolano, el asombro y la perplejidad se hacen de inmediato presentes como terríficos fantasmas. A estas alturas de tiempo en todos los ángulos del país se siente la tremenda conmoción que sacude la conciencia nacional. Producto, si bien, dicha conmoción del desquiciamiento que sufre en su carrera evolutiva el orden del mundo, en el marco nuestro tienen, empero, acento aún más agudo las palabras de Sorokin: “La familia se halla en estado de ruina parcial al frustrarse sus mejores esperanzas y aspiraciones; la tragedia de sus vidas es completa. Pocos períodos de la historia humana presentan una tragedia tan grande como la del hombre normal presente”.

Tras la extraordinaria riqueza terrígena han acudido a Venezuela ansiosas masas humanas, de diverso signo étnico y político, a tiempo que un vértigo de enriquecimiento hace presa tanto en la voluntad de las altas clases como en el ánimo endeble del más tímido hombre de la calle. El deber austero que precisaría consultar para no errar en la apreciativa de los rumbos, ha sido sustituido alegremente por la aventura de la ganancia inmediata. Como si hubiera habido la intención de realizar una investigación de tipo Gallup, recientemente una publicación caraqueña pidió a un grupo de personas que hicieran públicos sus deseos para el año que está entrando. Con euforia de circo, casi la totalidad de los consultandos expresaron sus anhelos por que siga la prosperidad de los negocios. La prueba resultó, sin buscarlo, un baremo de dimensiones morales. En Caracas, en Maracaibo, en Valencia, en Barquisimeto, en Ciudad Bolívar, en San Cristóbal, nada tiene actualmente tanta resonancia como las voces que invitan al negocio. Al exterior salen los venezolanos a tirar el dinero en forma que mueve la risa burlona de gente acostumbrada a la austeridad y al ahorro. La marcha del hombre venezolano ha desembocado en ciega carrera hacia el provecho material. Vértigo de inmediata explicación en un país sin resistencias morales, que ha recibido el

don peligroso de una riqueza descomunal y a cuyo llamado el mundo, con todos sus vicios y con muy pocas virtudes, se vuelca sobre nuestra indefensa nación. De fuera, con el esperanzado emigrante, acuden empresarios movidos por la voracidad de los negocios materiales, a cuyo lado poco significan los escasos divulgadores científicos que van a ayudarnos en nuestro proceso cultural. ¿Por qué del Norte, junto con los mercaderes del aceite, del hierro, del automóvil, del cine, de la televisión, del tabaco, no viajan los sabios que son honra y prez de sus extraordinarias Universidades y monjes que, como los trapenses de Kentucky, son documentos vivos y claras fuentes de espiritualidad? ¿Por qué de West Point, junto con los oficiales destinados a nuestros países para la enseñanza del manejo de las nuevas armas de guerra, no van también los doctos oficiales que tienen a su cargo las cátedras donde se explica el papel que incumbe a los militares frente al orden de las instituciones civiles? ¿Por qué a la par de los comerciantes empeñados en competir deslealmente con el comercio criollo, no van a dictar conferencias en nuestros Colegios de Abogados esos altivos, claros, perspicaces jueces que en el Norte han hecho del poder jurisdiccional un campo de seguridad para los ciudadanos?

Si antaño se resquebraja la moral, a la hora presente el daño llega a escombros. Al mercantilismo antiguo, modoso y revestido de apariencia honorable, se ha sumado la desapropiada aventura del extranjero – hombres y empresas– que buscan el inmediato enriquecimiento, para retornar, hinchados de dólares, a los lares de origen. En otro tiempo hubo reposo y espera para amasar las fortunas. Este reposo y esta espera estuvieron acondicionados por el sedentarismo de quienes se sabían señores de la tierra o se sentían obligados a una obra de impasible aguante.

Durante el siglo pasado, las luchas políticas de Europa volcaron sobre América valiosos grupos humanos, que iban en

pos de paz y de reposo. Fueron también hombres ansiosos de fortuna, que sumaron, para la permanencia, sangre, ideas y trabajo al capital demográfico de la nación. El forastero de hoy llega por lo general en plan de quemar etapas. Esta prontitud aventurera ha tenido imitadores y fáciles socios entre los criollos, uno y otros a la vez tomados por la inseguridad y la premura del momento milenarista que vive el mundo angustiado de la técnica atómica y de la “guerra fría”. Ante el estímulo del fácil enriquecimiento del extranjero, el nacional ha aumentado sus ansias y ha desatado las válvulas secretas del lucro. Se olvido de sí mismo y se convirtió en fiero cazador de fortunas. Al lado del negocio de correcta y lenta prosperidad, apareció la operación basada en la influencia, en la participación y en el porcentaje. Ya no fue la modesta y usada comisión la rutina sobre las compras de Estado. Surgieron los grandes negocios con cruce de millones. Las concesiones petroleras, la compra de aviones, la edificación de barrios y de carreteras, la adquisición de naves de guerra, los embalses, los canales, los puentes y demás obras de empuje que realiza la administración pública. Muchas de éstas en su proyección asombran y son prenda de tiempos prósperos para la nación; algunas, por si no la mayoría, han sido calculadas al amor del lucro, que favorece al grupo de los privilegiados, y al empuje del vértigo momentáneo que explica las más abarrancadas actitudes.

Sobre el plano inclinado de esta alegría y febril laboriosidad se desliza y desgarran la genuina voluntad nacional. Extraordinario es el progreso que amplía avenidas, embalsa ríos, divulga hospitales, intensifica industrias. Todo esto conduce a levantar el nivel material de vida del hombre venezolano. En cambio, con la carrera inmediata hacia la engañosa prosperidad y el circunstancial progreso, se destruye el más fino, el más noble, el más cierto de los ingredientes que hacen grandes y felices a los pueblos. En esa carrera festiva de riqueza se relaja y anula la fuerza moral donde afinca el vigor de los hombres.

Para acabar la obra positiva de engrandecer a un pueblo no basta acondicionar el suelo para la cosecha abundante, ni son suficientes las ventajas sanitarias de los huecos donde habrá de vivir mañana la nueva y creciente población. Cuando la sociedad sustituye la conquista de bienes ubicados en el reino supremo de los valores morales, por la mera búsqueda de bienes materiales, termina por enmarcar la dignidad positiva del hombre en el cuadro de lo simplemente objetivo y sensual. Esa sociedad, al variar la perspectiva de sus fines, altera el orden de sus estructuras. Traslada a lo material todo lo que significa belleza y placer. Trueca fácilmente los nobles, elevados ideales que hinchén permanentemente el espíritu, por la concupiscencia de lo momentáneo. Lo que antaño se buscó como meta decorosa, hogaño se reemplaza por el vano hartazgo y la vulgar ostentación de bienes materiales. Lejos, entonces de exhibir los hombres comportamiento, dignidad y luces, se consideran satisfechos por poner caballerizas con finos caballos de carrera o costosas colecciones de arte, así éstas estén representadas por pinturas y esculturas que, so pretexto de reaccionar contra el academicismo, el romanticismo y el impresionismo, han caído en el abigarrado contorsionismo y el esotérico linealismo, en que cubistas y abstraccionistas documentan, con precisión admirable, el estado crítico de las clases obligadas a dirigir la conciencia colectiva. En las galerías de estos representantes de las nuevas “elites” sociales, bien lucen, empero, esculturas y pinturas correspondientes al auténtico proceso de deshumanización que ha hecho del arte nuevo, como tinosamente dice Ortega y Gasset, un arte antipopular por esencia y finalidad. Así caballeros engréidos, con cara de Viernes Santo, pregonen austeridad y respeto social porque no frecuentan las botillerías ni publican licencias, que en otros sirven para el farisaico asombro, suya es también la responsabilidad de una feria que les ha llevado a abrir caminos a la penetración extranjera y que les permite en cada caso

adquirir guantes de repuesto para ocultar la mancha de sus manos.

Vieja y demasiado usada es la máxima de Epicteto: “Harás grande a tu pueblo, no levantando el tejado de sus casas, sino alzando el alma de sus habitantes”. Sin la valoración del espíritu, los pueblos son meros rebaños, más o menos felices. Sin la integridad moral de sus hombres, las naciones no pasarán de ser mercados recomendables o vistosos espacios para el turismo y el deleite efímero. Sin el sentido de la crítica humilde, que descubra nuestra insistente y reparable deficiencia, los pueblos repetirán la conducta de ciegos festivos que por las calles luminosas cantan himnos de júbilo, mientras lucen atiendo abigarrado y discordante, vestido al azar, sin el consejo del ausente guardián. Sin que los hombres tomen conciencia de sí mismos, no llegarán al cumplimiento de su destino. “Los filósofos (Hegel en particular, después de San Agustín) dicen que la facultad de tomar conciencia es un privilegio del espíritu, y que los grandes progresos de la humanidad no son sino progresos de ese tomar conciencia de sí”, anota Jacques Maritain. Entendido en toda su amplitud generosa, este tomar conciencia de sí no queda anclado en una mera actitud de introspección y de suficiencia individualista. El “sí” de la auténtica personalidad mira a su realización en el área de una exterioridad que da posibilidad existencial a la vida humana. No es un “en sí” que justifique y explique las actitudes ariscas, egoístas, indiferentes, huidizas de quienes toman la satisfacción particular como norma de conducta. Como los ciegos disfrazados, cada uno viviría entonces en sí y para sí mismo el mundo de las tinieblas permanentes.

¿Puede ayudar la Universidad a conjurar el tremendo peligro de disolución que se cierne sobre el futuro hombre venezolano? Difícil la afirmativa, por cuanto ella misma es testimonio sufrido de una larga crisis. Sin embargo, a la trémula luz sostenida por idóneos profesores perdura una callada tradición, empeñosa de guardar la autenticidad

de nuestros valores. Vuelto sobre su propio interior, el hombre nuevo que aposenta en el alegre estudiante puede ganar al amor de aquella lumbre, resistencia que le permita, mirar en cabal función perseica al rostro funesto de Medusa. Con resistir la mirada que petrifica y destruye la voluntad, tendrá ganada ya la batalla de su destino. No se debe tampoco imputar al medio nacional o a sólo las deficiencias de la Universidad presente el sufrido aspecto que ofrece nuestra realidad. Vienen, como he dicho, de muy atrás las causas del resquebrajamiento y convergen, a la vez, desde distintos sitios sobre nuestro ámbito nacional. La crisis, para expresarlo con palabras de mi ilustre amigo el profesor López Ibor, “está en el aire”, y si se quiere más pedantesca y exactamente, “en el espíritu del tiempo”.

Así flaquea el ejemplo, el sitio es adecuado para la cita y el compromiso. Del Sur y de Occidente, del Centro y de Oriente, al viejo recinto de Santa Rosa María, al apacible claustro de San Buenaventura, a la alegre y moderna casona zuliana, a las aulas entusiastas y libres de Andrés Bello y de Santa María, acuden avisados liceístas que solicitan tono propicio con que poder vocear mañana la responsabilidad del destino de Venezuela. Palabras mendaces, sacrílegamente salidas de labios de universitarios, la han formado en la Universidad. Contra semejante ex abrupto precisa un mentís rotundo. Para deshacer el prejuicio de color neo-arriano, los jóvenes están en la obligación de superar su empeño de cultura y de asegurar para su comportamiento social una ejemplar severidad. A la ciencia fecunda que les dará clara mirada frente al hombre enfermo, fuerza convincente ante el juez que administra la justicia, idoneidad austera para el cálculo de la airosa construcción o de la fecunda presa, ha de agregar, con humildad y con reflexión, un sentido de deber cargado de valor humano. “Necesitamos convencernos, escribe un grave abogado italiano, que no se llega a altos vértices, salvo casos de excepción, sino sabiéndolos merecer, y que la simplicidad es

la suprema conquista de una ignorada fatiga”. También en este plano de actividades dejó Bolívar una sentencia digna de Marco Aurelio. Percatado de las desviaciones en que incurre la inteligencia, declaró que “el talento sin probidad es un azote”. Bien sabía Bolívar que “no hay sabiduría vital que no sea al mismo tiempo una forma de vida, es decir, que no tenga soporte ético”, según magistralmente enseña López Ibor.

La moralidad, la justicia y la verdad son valores de ámbito universal. No hay, consiguientemente, una moralidad nacional, ni una justicia nacional, ni una verdad nacional. La Universidad –así enseñe la realidad de la historia, de la sociología y de la vocación nacional– no podrá jamás adecuarse con sentido divisionista a nuestros intereses privativos el funcionamiento de aquellos valores, menos puede hacerlos a un lado, para servir teorías e intereses de grupos o de castas. No es moral, ni es justo, ni es verdadero erigir como sistema un cuerpo de ideas que mire a la sola satisfacción del bienestar de los poderosos y que en sus alcances finales anule las exigencias ontológicas de la persona humana. Tampoco es moral, ni justa, ni verdaderamente humana la paciente actitud de quienes al convertirse en testigos inútiles de la injusticia y del dolor, se constituyen en última instancia cómplices de primer grado en la futura definitiva quiebra de los más caros intereses sociales. Tiene, en cambio, derecho el pueblo para reclamar de sus sectores dirigentes –que hoy se forman, tanto en las Universidades sostenidas por el Estado como en los Centros de iniciativa particular– una actitud de discreta, noble, elevada dirección, capaz de ayudarlo a conjurar la traición de las clases que ayer se dijeron encargadas de orientarle y que sólo tuvieron por norte el provecho de los individuos sobre los intereses de la propia comunidad. No el nexos interesado entre profesional y cliente pide el verdadero servicio. Algo más reclama el pueblo. La antigua relación aposentada en el dominio de lo privado, quiere verla sustituida por la función ductora y protectora que sirva de raíz

y meta a nuevas estructuras, que se orienten, a través de una normatividad cargada de sentido de justicia social, es decir, de justicia humana.

La vieja conducta que miraba a ganar el Poder para hacer, al tenerlo, caso omiso de las ideas pregonadas en la oposición y convertir en cada caso al país en retablo de venganzas, quiérela ver sustituida por una actitud comprensiva, que conduzca la responsabilidad a sus auténticas vertientes y evite los cuadros funestos que truecan los ideales de las revoluciones en vulgar proceso de atropellos y de injusticias, tal vez realizados con una finalidad correcta, pero que, en cambio, es quebrantada en sus propias bases de ejecución. Velar deben los pueblos por que la claridad y el vigor de que permanentemente ha de estar acompañada la justicia no sean engeguados por el fulgor transitorio que transmiten a sus actos los procedimientos implantados por los hombres de la victoria. No ya los juicios de Nuremberg y el proceso de Petain han sido mirados con repugnancia por la actual conciencia del mundo; el propio juicio de Laval comienza a ser revisado por los críticos y aún la sombra de Antígona dialogando con Creón, ha sido citada como asperges que absuelva la actitud ambigua del execrado colaboracionista. En dichos casos, autores de delitos que llegaron al genocidio, han terminado por lucrar piedad con el excedido rigor de precipitados verdugos, que desoyeron la piedad para consultar sus entrañas de piedra. Fácil les fue olvidar la realidad del hombre y su constante propensión a dejarse llevar, ora por el miedo y la soberbia, ora por la crueldad y el temor. Como consecuencia de este olvido, no tuvieron presente que aquellos factores obran como polos opuestos que definen las conductas desprovistas de filosófica reflexión.

Si lo viejo está tomado de la carcoma y lo poco que ha respetado el naufragio, vive en infecundo apartamiento de la realidad; si las generaciones con mayoría política tienen –tenemos con acuerdo más con la verdad– mayor o menor complicidad en las fallas

del país, justificado está que se mire hacia la juventud que colma Universidades y Liceos, con la angustiada y heroica esperanza de quien anhela entrañablemente la pervivencia de la República. La noche hace más densas las tinieblas cuando el amanecer se acerca. A la hora en que parece que la desesperación ha llegado a los límites del temblor pavorizante, también aquellos que han tenido fe en los valores del espíritu y en la eficacia final de la virtud, sienten la cercanía de la gracia. “No siempre es seguro, dice Claudel, la frecuencia y la fortaleza de lo peor”. Tras la noche sombría en que se ven triunfar los subalternos valores de la biología, llegará con toda certeza, la luz del sosiego y el ímpetu saludable de la plenitud. Maestro y yunque de voluntades, el dolor abre sentidos extraordinarios al hombre, cuando se lo recibe con la intención creadora de quién más allá del carbón busca la chispa luminosa del diamante. “Beethoven no habría compuesto las “Sinfonías”, escribe André Maurois, si no hubiera sufrido; nadie comprende a su vez las “Sinfonías” si no ha conocido sufrimientos de la misma naturaleza”. En cambio, a qué satánicas simas no descienden quienes del dolor apenas toman las tinieblas en que duerme como en áspero capullo la “angélica farfalla”, y con ellas visten de resentimiento y de venganza su conducta permanente. Cuánto mejor aplicar al sufrimiento el símbolo optimista que ofrece el P. Raymond: “Para extender sus raíces en la ancha oscuridad subterránea y alzar su ramaje hasta los cielos, el roble debe soportar los inviernos glaciales y los abrasadores estíos”. A la sombra benéfica de estos grandes árboles se hace claro y profético el sueño de los hombres. Aun cuando las fuerzas declinen, de su fronda saldrán voces elocuentes para advertir la necesidad y el tiempo del trabajo, certeras y claras voces como aquellas que entre sueños escuchó el profeta Elías bajo la sombra del enebro.

No será la vendimia de los odios el último quehacer del hombre que se afana por cumplir su destino. Tampoco serán la confusión y el dolor la página postrera de

nuestra vida social. Con ganar nuestra batalla personal ayudaremos, también, a ganar la batalla en que está comprometido el destino del mundo. Humildemente, sin pretender ser dioses, podemos conquistar instrumentos que nos aseguren el éxito de los valores que dan dimensión cabal a nuestro humano destino. El pueblo que distrae su tiempo ante las pantallas convulsivas de la televisión, que grita y aplaude con frenesí selvático ante el ring de boxeo, que nutre las multitudes enloquecidas frente a los jugadores de fútbol y de beisbol, que delira y bota el dinero del diario mantenimiento en las pistas donde los caballos distribuyen con las patas fantásticas fortunas formadas con el trabajo de los incautos, ese pueblo que se divierte y olvida de sí mismo, reclama un tipo de educación que lo acerque a planos donde germinen valores a tono con su propia dignidad.

El porvenir del hombre venezolano impone la necesidad de mirar hacia zonas donde la reflexión tenga oportunidad de realizarse. El futuro material no depende de nosotros, dice Arnold Toynbee; en cambio, agrega, sí hemos solicitado la divina iluminación para nuestras mentes, “las piedras rodarán por el suelo, pero jamás agonizará la luz que nos da la vida”. Alumbrados por esa benéfica luz, hemos de sentirnos bajo el signo optimista de quienes confían en la generosa posibilidad de una hora capaz de absolver o de borrar el pretendido divorcio o escisión que algunos ven, como dice Gómez Rebollo, entre la vida teórica y la vida práctica, entre la inteligencia y la prudencia, entre arte y moralidad, entre ciencia y virtud, entre filosofía y justicia y en todo lo demás que de ahí se siga. ¿Por qué no pensar que la hora undécima corresponde en el cuadrante de las posibilidades, al tiempo propicio para que un “aire de primavera” asegure nuestra cabal realización en el plano de la inteligencia, de la libertad y de la gracia?...

CODA

Releído y ya este ensayo en camino de las cajas de imprenta, he juzgado conveniente insistir acerca de su finalidad. Mi esfuerzo crítico no espera rendir el juicio de quienes benévolamente presten atención a los problemas aquí suscitados. Con sinceridad desgarrada planteo en estas páginas el caso de nuestra cultura universitaria, relacionada con el propio valor de la venezolanidad en su dimensión de postura humana. Me asomo, también, a ciertos territorios culturales, aún no estudiados en toda su amplitud y profundidad y expongo, además, mi posición personal frente a situaciones y hechos pasados.

Bien sé que el análisis cabal corresponde hacerlo a otros compatriotas mejor abastados para el caso, a los cuales, tal vez, no hay ocurrido enfocar dichos problemas desde el ángulo en que me he colocado. No pretendo, tampoco, asumir una actitud albricial ni menos presentarme como poseedor de recursos de que carezco. En lo que dice al juicio sobre Bolívar y su filosofía política, ilustres y eruditos investigadores, como Santiago Key Ayala, Caracciolo Parra Pérez, Augusto Mijares, José L. Salcedo Bastardo, han explorado con tino y profundidad el poliedro anímico del Padre de la Patria, sin dejarse llevar del asombro que el granador de Bolívar ha impedido a muchos “distinguir entre el principio y el fin de su vida”, como ocurrió al ilustre Lecuna; menos intento acomodar el pensamiento de Bolívar a manera de respunte brillante para mi obra literaria o mis ideas políticas. Mi juicio en nada se divierte del juicio fornido que aquellos compatriotas han calzado con sus autorizados nombres. En Bolívar no he intentado jamás mirar una figura de contornos hagiográficos, destinados a la mera edificación de los lectores, sino un hombre de carne y hueso, que caminó, con pie susceptible de extravío, sobre el mismo pedazo de tierra donde discurre nuestra existencia presente y cuya mente poderosa dejó en nuestra vida cívica una impronta que aún puede ayudarnos a realizar nuestro destino

de pueblo. Mi empeño apunta a fijar líneas para una concepción integral del valor y del deber de hombre venezolano. La vastedad del propósito obliga a que el presente ensayo sea sometido a una futura revisión y a que sea aclarado por medio de una serie de escolios de carácter realístico.

Si lo dije antes, no sobra el repetirlo. Conozco mejor que nadie hasta donde llegan mis recursos críticos. No me presento en plan de abatir presuntos contendores. Con justo sentido del límite, me sé muy de la casa, para dejarme arrastrar del forasterismo que censura Peguy. En el plano de la realidad, tampoco intento presentarme protegido por el celofán esotérico con que algunos compatriotas buscan resguardar su personalidad de posibles juicios realistas. Soy un venezolano del siglo XX, cargado de las responsabilidades de mi tiempo, salpicado por las burbujas de las aguas negras de la política, marcado con el signo de épocas contradictorias, transido de la angustia de quien ha deseado ver por siempre superados los reatos que impiden el pleno desarrollo de nuestra obra de cultura. Soy un venezolano con espíritu de desollado, según me pintó en 1921 Rafael Cabrera Malo, que, sintiendo sobre su débil conciencia el peso de un compromiso con el tiempo, no puede permanecer como testigo inútil en un momento crucial, en que la nación, sin caer en ninguna manera de bizantinismo, busca respuesta para su propio destino de pueblo.

Largos años llevo trabajando sobre la problemática de nuestro país. Alguna vez he atinado en expresar conceptos que promovieron debates fructíferos en orden a estudiar algunas de las causas de nuestra crisis nacional. Sobre ese mismo anchísimo campo inciden las líneas del presente ensayo, madurado y escrito con la preocupación de ayudar al pueblo de Venezuela y empeñoso, también, por promover entre nuestra gente joven una actitud congruente con el ritmo que André Siegfried anota como signo de la obra de Edouard Le Roy: primero, dice, se interesó por el “homo faber”, después por el “homo

sapiens”, y por último, sobrepuso a uno y otro el “homo spiritualis”. Trabajar, pensar y soñar como finalidades escalonadas de un proceso cargado de autenticidad humana. Dominar la técnica para que el hombre crezca y no destruir al hombre para que luzca la burda obra materia, así háganla imponente la destreza y la audacia de la ejecución o hágala así plausible el fin práctico a que se la haya destinado.

Para realizar la plenitud de la existencia precisa poner como tema principal de todo empeño de cultura, la búsqueda de medios que aseguren la realización de la persona como un todo integrado por valores de categoría económica, intelectual y cuya armonía mira fundamentalmente al gobierno por el espíritu y para el espíritu de todos los recursos conquistados por el paciente trabajo de la inteligencia. Ante la voracidad telúrica de los Pontífices medievales, Santa Catalina de Siena lanzó la extraordinaria consigna: “Almas, no ciudades”. Almas, espíritus, inteligencias en pleno goce de su dimensión humana, pide, también, la ciudad terrestre como fin de toda organización social. Sobrarían los majestuosos edificios, las rebosantes presas, los canales fáciles, los caminos suaves, si los hombres a cuyo servicio están destinados no gozan la plenitud de facultades que hacen a la persona. En el plan de dar vigencia permanente al consejo de la sienense maravillosa, jamás abundan las palabras ni se hace jamás inútil la tediosa espera. Cumple, en cambio, al hombre hacer ésta alegre, festiva y generosa, por medio de una permanente reflexión sobre el triunfo de la bondad, de la justicia y de la gracia.

LAUS DEO